

---

(Número de la Revista correspondiente  
á 7 de setiembre de 1844.) (1)

## BARCELONA.

---

ARTÍCULO 4.º

---

RÁPIDA OJEADA SOBRE LAS REVUELTAS DE BARCELONA  
DESDE 1833,  
Y EXÁMEN DE SUS CAUSAS.

Situada Barcelona á las orillas del mar, á las inmediaciones de Francia, y siendo además un punto muy visitado por toda clase de extranjeros, natural es que participase mas que otras poblaciones de España de la influencia de las ideas y costumbres que habian adquirido mucha pujanza y extension en otros países de Europa, y particularmente en el reino vecino. Hallándose además esta ciudad muy adelantada en industria y comercio, y sintiéndose con irresistible tendencia á progresar mas y mas en dichos ramos á causa del conjunto de circunstancias favorables que en otro lugar hemos señalado, debió suceder que entrase mas fácilmente en el movimiento que arrebatava á los de-

---

(1) En esta fecha se publicaron cuatro números de una vez.

más pueblos, supuesto que en la industria y en el comercio hay no solo la fabricacion y trasporte de los efectos manufacturados, sino que tambien sirven de vehículo para la circulacion y propagacion de las ideas y costumbres.

La experiencia de todos los tiempos ha enseñado que los pueblos industriales y mercantiles se contagian presto con las enfermedades morales de los otros; que renuncian con menos trabajo á sus tradiciones y á sus hábitos; que el sello de su nacionalidad se altera con el roce continuo, y que situados á veces á muy poca distancia de comarcas no sometidas á semejante influencia, son tan diferentes de los moradores de ellas que los hombres parecen de países y de siglos muy distantes. Fácil seria aducir muchos ejemplos históricos de esta verdad, y comprobarla además con la experiencia que á cada paso se nos ofrece á la vista; pero bien podremos dispensarnos de semejante tarea, cuando cada cual podrá por sí mismo asegurarse de ello, har-to mejor de lo que pudiéramos enseñárselo nosotros con dilatados escritos: basta dar una mirada á un punto donde se haya desarrollado mucho la industria y el comercio, y volver en seguida los ojos hácia otro donde no se haya verificado esta circunstancia, aun suponiendo igualdad en el número de la poblacion y en el desarrollo de la prosperidad respectiva. El pueblo industrial y mercantil contrasta tan vivamente con el agrícola, que la diferencia se presenta demasiado de bulto para que sea preciso buscarla, ni aun posible el dejar de verla.

Claro es, pues, que hallándose Barcelona en estas circunstancias, y reuniéndolas en mas alto punto que otra ciudad cualquiera de la Península, debió ser una de las poblaciones que mas pronta y vivamente se resintieron del espíritu disolvente del siglo.

Para mayor desgracia permanecieron los franceses en ella durante la guerra de la independenciam; y si bien es verdad que muchos de sus habitantes abandonaron sus hogares para correr los peligros y participar de las glorias

de la causa nacional, tambien es cierto que no todos pudieron hacerlo así, y que quedaron huellas que no fué fácil borrar. Desde 1814 á 1820 andaba cundiendo el daño de las ideas innovadoras en toda la Península, porque aquel gobierno ni era poderoso á impedir el mal, ni hábil para dirigir el movimiento que tan vivamente se habia declarado hácia un órden de cosas diferente. Así es que cuando en 1820 se proclamó la Constitucion se echó de ver que se habian propagado bastante en Barcelona las ideas revolucionarias, realizándose allí escenas que no es menester recordar porque son demasiado recientes para que hayan podido olvidarse.

En aquella época ya no sucedió en la capital del Principado lo que en otras poblaciones importantes de España, donde la mayoría se decidió abiertamente por el antiguo órden de cosas, sufriendo á duras penas la opresion en que la tenian las facciones apoyadas en el centro del gobierno, pero manifestándose con estrépito y algazara tan pronto como el ejército francés vino en socorro de Fernando VII para restablecer la monarquía absoluta. En Barcelona aun despues de la entrada de los franceses, el partido realista no pudo hacer demostraciones públicas que indicasen popularidad, y tuvo que resignarse á obrar de oficio, á causa de que la mayoría de la poblacion estaba en sentido contrario á la situacion creada por la victoria de los realistas.

La compresion que sufrió la opinion pública en aquella ciudad durante los diez años, contribuyó mas bien al aumento de las ideas innovadoras que no á su disminucion: y para formar concepto del estado de los ánimos en 1832 es suficiente recordar el frenético entusiasmo con que fué recibido el general Llauder; el furor con que fué arrojado el conde de España, y la alegría sin tasa á que se entregaba la capital á cada paso que daba el gobierno hácia un órden de cosas que prometiera la caida del sistema absoluto y la inauguracion del representativo.

La reforma, ó sea la revolucion, era en aquella época

popular en Barcelona; no era solo la hez del pueblo la que tomaba parte en el bullicio, eran tambien las clases acomodadas, eran las personas mas ricas, así de la clase de propietarios como pertenecientes á la industria y al comercio. Los literatos y todas las profesiones científicas participaban generalmente del movimiento; por manera que si bien en la ciudad habia no pocos que miraban con desconfianza el giro que iban tomando las cosas y auguraban desgracias para el porvenir, no obstante se veian precisados á ocultar sus temores en el fondo de su pecho, y no se atrevian á manifestar su opinion sino en las expansiones de la amistad y de la confianza.

Cuando sobrevinieron los desastres de 1835, el incendio de los conventos, el asesinato del general Basa, el furor contra el general Llauder, poco antes objeto de tan solemne ovacion, y el desbordamiento universal de las ideas y pasiones revolucionarias, todavia era mucha la popularidad que disfrutaban en Barcelona las medidas extremadas; y no son pocos los que actualmente se avergüenzan de haberse complacido en el fondo de su corazon en los horribles crímenes de aquellos dias de infausta memoria, ya que de una manera mas ó menos directa no contribuyeran á consumarlos.

Sin embargo preciso es confesar que el horror de aquellos dias aterró á los tímidos, desengañó á los sencillos é incautos é inspiró sérias reflexiones á cuantos no teniendo bastante valor para retroceder en el camino del mal, conservaban empero la honradez necesaria para no poder constituirse defensores de atentados que escandalizaban á la culta Europa, y lastimaban todos los sentimientos de humanidad. Desde entonces comenzó la desercion de las banderas salpicadas con sangre inocente. La revolucion continuó su estrepitosa carrera con sus instintos feroces, sus pasiones insaciables, su inextinguible sed de oro y de maldad. Pero en cambio resultó que la dura leccion habia escarmentado á muchos, que cada dia iba escarmentando á otros, y que así dispersándose en diferentes direcciones

los antes ardientes partidarios de la enseña revolucionaria, se fueron creando los elementos que á no tardar constituyeron un nuevo partido.

Cuando no las convicciones, el interés propio habia de traer semejante trasformacion; pues todos los que no deseaban medrar en las revueltas, y sí conservar sus fortunas y sus vidas, debian pensar sériamente en poner algun dique que los resguardara contra ese torrente devastador, cuya impetuosa avenida habian provocado ellos mismos.

Esta es la ley de todas las revoluciones; siendo de notar que un período semejante se vió tambien en la francesa, con la diferencia de los nombres y con la diversidad de circunstancias, que por necesidad acarreaban á los partidos modificaciones muy trascendentales.

Así como Barcelona se habia encontrado en situacion excepcional que la hacia mas adicta á la revolucion, así tambien cuando comenzó á formarse en ella el partido conservador, se halló en circunstancias muy diferentes de las de otras capitales de España. En estas, la masa de las clases bajas, ó no se habia interesado en la cuestion política, ó habia mostrado simpatías en favor de la causa de D. Carlos; por lo que aconteció que el partido liberal no sintió tan pronto los efectos de la division intestina, ni la urgente necesidad de que los que se habian puesto á la cabeza de la revolucion tratasen de enfrenarla para conservar sus haciendas y sus vidas. En ningun punto de España se hallaba esa masa totalmente dispuesta á favor de las ideas revolucionarias como en Barcelona; en ninguna parte era tan fácil que los tribunos se viesen rodeados de un pueblo numeroso que secundara sus designios; en ningun punto existian á mas de las clases inferiores, esa muchedumbre de artesanos que alucinados tambien por las ideas revolucionarias, favorecian mas ó menos directamente la propagacion y los efectos de lo que, andando el tiempo, les habia de costar tantas pérdidas, tanto malestar y sobresaltos.

De aquí resultó que la fracción del partido liberal que se propuso resistir al torrente devastador, en vez de ser mirado como debía, es decir, como un conjunto de hombres que con el desengaño de lo pasado y el temor del porvenir, habían sentido la necesidad de modificar sus opiniones y templar su conducta, fué considerado como una reunión de aristócratas traidores á la causa que antes abrazaran y defendieran, enemigos del pueblo, hostiles á toda reforma, y que solo habían intentado contribuir á los primeros disturbios para satisfacer designios particulares, abandonando en seguida á los azares de la suerte al crecido número de ciudadanos que en pos de ellos se había comprometido.

El acaloramiento producido por los desastres de la guerra civil, los estrepitosos excesos á que en todas partes se entregaba la revolución, el desbocamiento de la prensa, la debilidad del gobierno supremo, y cuantas causas contribuyen á exaltar los ánimos y desencadenar las pasiones, obraban de una manera muy particular sobre Barcelona, motivando el que la división entre las dos fracciones del partido liberal fuese cada día mas marcada é incapaz de avenimiento. Para comprender los agigantados pasos que en la capital del Principado habían dado las ideas conservadoras, basta recordar el cambio realizado en ella por el baron de Meer en 1837 con el desarme total de la milicia, y su reorganización mas adaptada á la conservación del orden público. Semejante paso que pudo darse en octubre de 1837, y que mereció la aprobación y sincera adhesión de lo mas distinguido de la capital, hubiera sido poco menos que imposible en 1835, aun cuando supusiéramos que hubiese tratado de realizarla otro general de firmeza y energía de carácter iguales á las que distinguen al mencionado jefe. En 1835 la revolución era todavía muy popular, contaba no solo con el apoyo de las clases mas numerosas, sino tambien de las medias, y de no escasa porción de las altas; así fué estéril é impotente la decisión del infortunado Basa, que sin duda no estuvo escaso de valor y

osadía, ya que se atrevió á arrostrar con tamaña serenidad el puñal de los asesinos.

El desarme de la milicia hecho por el baron de Meer, la organización de la nueva, la situación política de la ciudad, y demás medidas que siguieron á aquellos actos, hicieron que la fracción que no quería cejar en el camino revolucionario se irritase mas y mas, y procurase derribar á sus adversarios por cuantos medios estaban á su alcance. Ya en mayo del propio año se había trabado en las calles sangrienta lucha entre los sostenedores de la autoridad y los perturbadores del orden público; había corrido la sangre, y la discordia sellada con sangre es mucho mas difícil de apaciguar.

Desde entonces ya no hubo otro medio para entenderse que apelar unos y otros á las armas; bien que todos los esfuerzos de los revolucionarios no produjeron ningun resultado hasta que encontrando algun apoyo en el gobierno de Madrid dominado ya por Espartero, consiguieron la caída del baron de Meer, y prepararon la victoria que tan cumplida les proporcionó el General en jefe de los ejércitos reunidos con el auxilio de cien mil bayonetas.

El mas completo exclusivismo, la intolerancia, la dureza en las palabras, la exageración en la conducta, las personalidades mas repugnantes, los insultos mas crueles, las amenazas continuas, las persecuciones, constituyeron el estado habitual de Barcelona despues de 1840; enardeciéndose mas y mas las pasiones al primer amago que inspirara recelos á los amigos de aquel orden de cosas, y provocándose movimientos cuyo tremendo carácter y espantosas tendencias no es necesario recordar.

Así la contemplaban asombradas las demás poblaciones de España, no comprendiendo cómo era posible aquella exasperación que ellas no conocían. Y era que la revolución había corrido en Barcelona sus fases con mas rapidez que en los otros puntos de la Península, por lo mismo que había comenzado allí con mas ímpetu, desarrollándose en mayor escala y obrado con mas brío; y era que Barcelona,

víctima de los mayores males, habia sentido mas pronto la necesidad de remediarlos; y era que para Barcelona habia sonado mucho antes que para otras ciudades, la hora del desengaño y del arrepentimiento: la revolucion se sentia débil, y por esto veia peligros en todas partes, y se hacia mas violenta y cruel.

Tenemos una prueba de esto en que el pronunciamiento de julio de 1840 en favor de Espartero, anduvo ya muy escaso de popularidad, sin que se lograra excitar el entusiasmo, ni interesar siquiera en favor del nuevo poder con la victoria conseguida en setiembre y octubre, cuando imitando los demás pueblos de la Península el movimiento de Barcelona, se logró condenar á la emigracion á la Reina Madre, y ensalzar al mando supremo al soldado de fortuna.

La impopularidad de que estamos hablando, se manifestó bien claramente en aquellos dias de funesta memoria, bastando para convencerse de los enemigos que tenia en Barcelona la situacion creada en 1.º de setiembre, el atender á la conducta observada por la Junta revolucionaria de octubre de 1841, cuando la insurreccion de O'Donnell en la ciudadela de Pamplona y las otras que le sucedieron en diferentes puntos, revelaron el peligro en que se hallaban tanto el poder del Regente, como el predominio de aquellos que con él habian identificado su causa. No es posible que se lleve á tan alto punto la exageracion y la violencia á no sentirse quien la ejerce profundamente débil. El que es fuerte, el que se ve rodeado de las simpatías populares, el que cuenta con el apoyo de la mayoría de los ciudadanos influyentes, no ha menester abandonarse á tales extremos, que si á veces producen un efecto momentáneo contribuyen sobre manera al descrédito del partido en cuyo nombre y favor se está obrando.

En los acontecimientos de noviembre de 1842 se presentó tan de bulto la indicada verdad, que era imposible dejar de conocerla á no empeñarse en cerrar los ojos á la luz. En 1841 se pretendia legitimar ó disculpar la marcha

adoptada por la Junta, con la necesidad que habia de defender la Regencia de Espartero y la situacion creada por el pronunciamiento de setiembre. En 1842 se hizo el movimiento contra Espartero, desaparecieron de la escena muchos de los hombres que figuraban en las revoluciones de otras épocas, y la Junta creada á consecuencia de los sucesos del 15 de noviembre á pesar de estar compuesta de personas de poca categoria, y algunas de ellas enteramente desconocidas del público, pudo observar una conducta sumamente templada é inofensiva con respecto á las personas y á las propiedades.

¿De dónde la diferencia? de que en 1841 los que promovian la revolucion para sostener á Espartero se llenaban de espanto al echar una mirada en derredor, al encontrarse destituidos de simpatías populares y amenazados por adversarios poderosos, cuando no fuera por otra causa, por su excesivo número. La Junta de noviembre de 1842, si bien veia en muchos frialdad y desconfianza, si bien notaba que no eran pocos los que temian que el pronunciamiento se malograra, acarreándose á la ciudad desgracias estériles, no obstante observaba que la inmensa mayoría de la poblacion participaba del pensamiento dominante del levantamiento que era la caida de Espartero; y es así que pudo obrar con desembarazo, sin temor de ser contrariada por la mayoría de los ciudadanos que deseaban vivamente que se derribase el poder tan profundamente aborrecido. Esta es la causa porque la Junta observó una conducta tan mesurada, no permitiéndose atropellamientos de ninguna clase.

El pronunciamiento de junio acabó de evidenciar la ninguna simpatía que tenian en Barcelona, Espartero y la situacion política por él representada y sostenida. Las bombas de diciembre no habian ahogado la exasperacion popular; antes al contrario, la habian llevado á mas alto punto, haciendo que se preparase á estallar con mas tremenda explosion á la primera oportunidad que la brindara con algunas esperanzas de triunfo.

El desesperado esfuerzo de los partidarios de la revolucion durante la insurreccion centralista, no alcanzó á recabar que la mayoría de Barcelona se interesase en su favor. La emigracion mas asombrosa que se viera jamás, probó que la opinion habia sufrido un cambio profundo, y que era imposible hacerla volver atrás para tomar parte en motines y trastornos. Y no sirve el alegar que todavía se encontraron algunos miles de brazos que tomaron las armas en defensa de la bandera levantada el día 2 de setiembre, que se sostuvieron firmes por espacio de tres meses, y no se rindieron al general Sanz antes de haber visto que el movimiento no era imitado en las demás provincias, y que era sofocado en todas partes donde llegó á estallar; pues que en una ciudad tan populosa donde se hallan en tan crecido número las familias que quedan sin pan en el momento que se cierran las fábricas, es imposible que la necesidad no obligue á muchos á tomar parte en una causa que les es del todo indiferente. Añádase á esto que en tales casos acuden al punto de la insurreccion una multitud de aventureros de fuera, deseosos de aprovecharse de los disturbios, y se tendrá sencilla y fácilmente explicado por qué se pudo formar un cuerpo suficiente para cubrir las murallas, y hacer desde allí frente á las tropas de los alrededores. Además, si no olvidamos que en el sinnúmero de familias emigradas se contaban muchísimos de la clase de jornaleros, si tenemos en cuenta que los enemigos de aquella revolucion salieron desde luego de la ciudad á esperar el desenlace de los acontecimientos, en vez de impedir su desarrollo, resultará mas claro que la luz del día que el movimiento era altamente impopular, y que si nació y pudo medrar por algun tiempo poniendo en alarma á la nacion, todo fué debido á ciertas causas que no es oportuno examinar y que con el tiempo señalará la historia.

De estas consideraciones se infiere cuál es el estado actual de Barcelona, y cuáles las causas que lo han producido. El orden tiene allí numerosos partidarios; mejor di-

remos, la poblacion en masa está en favor de él; pudiendo asegurarse, que mientras haya al frente del Principado autoridades civiles y militares de intencion recta y carácter firme, no se turbará la tranquilidad pública y se hará imposible la repeticion de las escenas que por espacio de tantos años han escandalizado á la España y á la Europa.

Con la nueva situacion han nacido nuevas necesidades á que es preciso atender, si se desea cuidar no solo de lo presente sino tambien precaverse contra los riesgos del porvenir. De esto nos ocuparemos en otro artículo.—*J. B.*

## INSTRUCCION PRIMARIA.

Uno de los primeros cuidados que han de ocupar á los gobernantes, y á todos los que teniendo alguna influencia directa ó indirecta sobre la sociedad se interesan por el bien de sus semejantes, es sin duda la instruccion primaria. Si esta se halla arreglada, si presiden á la misma la religion y la moral, resultarán los hombres mas instruidos y menos viciosos, porque la generalidad de ellos no se forma con el estudio de elevadas ciencias, ni está destinada á carreras literarias, sino que viviendo en una condicion modesta conservan en el resto de sus dias lo que se les ha enseñado en la primera edad, sin que tengan ocasion de añadir al caudal de sus luces otra cosa que las lecciones de la experiencia.

Es mas difícil de lo que á primera vista pudiera parecer el que los maestros sean á propósito para desempeñar su mision. Quien no haya examinado las cosas de cerca fácilmente se persuadirá que el enseñar á leer y escribir, el dar algunas nociones elementales de la religion y de la moral, el instruir en los rudimentos de la aritmética y otras cosas por este tenor, son tareas al alcance de cual-